

Templanza: Virtud fundamental.

Pensamientos de Emilio Komar en consonancia con pensadores rusos en homenaje al cumplirse los 10 años de su fallecimiento

Por Marisa Mosto¹



Escena de *El espejo*, Andrei Tarkovski, 1975

“Las raíces de todo lo real se esconden en la oscuridad de la tierra,
y la moralidad no pertenece a un reino en el que
los árboles crezcan con las raíces hacia arriba.”
Vladímir Soloviov

“La templanza es la base de las virtudes”, nos decía en sus clases de ética de la carrera de filosofía, Emilio Komar². Buscando entre mis carpetas dónde, cuándo, nos había transmitido esa idea, volví a leerla después de más de 30 años. Recién hoy puedo decir que entiendo *algo* de su contenido que ha ido madurando en mí a lo largo no sólo de mis estudios

¹ Lic. y Dra. en filosofía por la UCA. Sus tesis de licenciatura y doctorado sobre temas vinculados con la ética, fueron dirigidas por Emilio Komar. Titular de la cátedra de ética en la carrera de Filosofía de la UCA, miembro de la Fundación Emilio Komar en la que colabora con la edición de los cursos de Komar.

² Emilio Komar (1921-2006) Filósofo esloveno. Emigró a la Argentina exiliado del régimen comunista. Influyó sobre varias generaciones de alumnos de la facultad de Filosofía de la Universidad Católica Argentina y otras instituciones de Buenos Aires por la vitalidad, profundidad de su pensamiento y su compromiso existencial en la búsqueda de la verdad y la enseñanza.

de filosofía de todos estos años, sino también de mi experiencia vital. Eso no significa que yo *sea templada*, sino que me *doy cuenta* de la importancia fundamental de esa virtud –cuando escribo *fundamental* me refiero al sitio desde donde florece la vida-, y del tremendo riesgo que corre en nuestra cultura, haciendo peligrar la propuesta de la ética clásica desde sus raíces.

¿Por qué ha de ser tan *fundamental* un hábito que a primera vista se vincula principalmente con la sexualidad o con el comer y el beber? Sin embargo señala Josef Pieper que: “La templanza es algo mucho más amplio que moderación en el comer o en el beber. Es una virtud cardinal. Es decir, uno de los cuatro goznes sobre los que se mueve la puerta que conduce a la Vida.” Y agrega: “La tarea de restituir a su primitiva autenticidad el concepto de templanza y el de sus distintas aplicaciones lleva consigo una cierta complejidad. A veces habrá que sobrepasar el ámbito de su contenido específico si queremos dar con la verdad de esa virtud que se llama templanza, cuyas raíces se hunden en los cimientos mismos de la doctrina cristiana sobre el hombre y sobre las cosas.”³

Sus raíces se hunden en un saber que es el *humus* de un modo de vida. Un saber cristiano dice Pieper o lo que es similar, genuinamente humano, pues el cristianismo, si es que se *ajusta* o se ordena al saber recibido en la *fraternidad* con Cristo, da a luz lo mejor que el hombre puede sacar de sí mismo.

Aquí hemos rozado ya al pasar, casi sin pensarlo mucho, una cuestión central de la templanza: el *ajuste*, el orden, la *castitas*, el espíritu ascético, la *ἰσότης ἢ γεωμετρική*. (*isótes geometriké*).

La templanza implica un *orden* afectivo interior provocado por un saber *encarnado* y nos dispone a la fecundidad de la vida. ¿Por qué? Porque esa matriz fundamental genera en el alma una cualidad que tiene un nombre específico, algo tan deseado como inasible: la paz.

³ Pieper, Josef, *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp, 1976 p. 220; 230 respectivamente

Una profunda paz interior nos permite relacionarnos bien, armoniosamente con los otros, y gozar de ellos. No sólo merced a la castidad y a la sobriedad sino también, a la humildad, la mansedumbre, la contemplación serena. Todas ellas, sus figuras principales. El gozo es el objeto propio de la templanza. La templanza es *conducente*⁴, abre los poros de nuestra piel y nos permite comulgar con la belleza de la vida. Y la belleza es “la promesa de la dicha”⁵. De ahí que Santo Tomás afirme que “la finalidad y norma de la templanza es la felicidad eterna”⁶

Por lo tanto la templanza es algo muy grande, despliega las *alas* del alma, y es tan grande como difícil. Basta considerar la sentencia de Etienne Gilson acerca de que el hombre vive en “la inquietud silenciosa, pero punzante, de quien busca la felicidad y a quien se le rehúsa hasta la paz.”⁷

La inquietud, el desasosiego, es el estado propio de la naturaleza débil, herida, caída, y la paz, signo de la templanza se encuentra en sus antípodas. De modo que el día a día del hombre que busca su bien puede describirse en términos de una paradójica *lucha por la paz* que le permita el acceso a una vida genuina, a la vida tal como fue pensada, en su orden, anterior a la irrupción del mal. Dice el pensador ruso, S. L. Frank:

“La inquietud, la insatisfacción insaciable, la caza sin fin y esperanza de un fuego fatuo que continuamente se escapa, es el estado propio de ser insubsistente encapsulado, caído. Es también la condición del alma humana, encadenada al mal, como la condición del ser mundano decaído y disolviéndose; [...]. El ser que conoce su propio vacío e irrealidad y por eso se afana en un esfuerzo sin fin, en una sed inextinguible de

⁴ Este es una de los principales rasgos que destacaba Emilio Komar de la virtud de la templanza, su *conducencia*. Mientras que la intemperancia, es *aislante*, insensibiliza, produce en embotamiento del alma (*hebetudo mentis*, cfr. Santo Tomás, *Suma Teol*, II-II, q.146, a 6). De allí que se refiriera al “potencial ateizante” de la intemperancia, pues impide una cierta experiencia natural del misterio de la participación en la belleza. Impide lo que hoy se denomina “la experiencia del aura”. (Cfr. Walter Benjamin, “La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica”, en *Discursos interrumpidos*, Madrid, Taurus, 1989

⁵ “La beauté n’est que la promesse du bonheur” Stendhal, *De l’amour*, Paris, Granier Frères, 1857, Cap. XVII

⁶ *Suma Teológica*, II-II, 141, 6

⁷ Gilson, Etienne, *El espíritu de la filosofía medieval*, Madrid, Rialp, 1981, p. 262

cumplimiento, de consolidación, de genuina estabilidad –en el trastorno, la agitación y preocupación.”⁸

Quies animi⁹

"La meta de la templanza es el orden interno del hombre de donde fluye exclusivamente la paz de espíritu."
Josef Pieper¹⁰,

“Restauradora de lo grande”, así llamaba Komar¹¹ a la templanza, restauradora de la armonía interior, fortalecedora de la salud del alma. Trazaba entonces un paralelo entre la etimología de la σωφροσύνη griega y la *temperantia*, latina.

Distinguía en la *sophrosyne* tres componentes etimológicos:

- σω, del verbo σώζω, que significa: salvar, preservar del peligro, librar, mantener sano y salvo
- φρήν, φρενός: diafragma, envoltura del corazón, ánimo, alma, espíritu, pensamiento, memoria, conciencia
- σύνη: desinencia que en lenguaje homérico, afirmaba Komar, remite a destrezas guerreras

Traducía a continuación la palabra *sophrosyne* según sus componentes etimológicos como: “habilidad que restaura la salud del alma”.

Por otro lado se refería a la *temperantia* latina, siguiendo a Josef Pieper como la conquista de “un todo armónico a partir de una serie de componentes dispares”¹². Y la vinculaba a una serie de palabras de la misma raíz etimológica: *temperator*, moderador; *temperatio*, ordenamiento con sentido; *temperatura*: estructura adecuada.

⁸ Frank, Semen Ljudvigovic, *L' Inattingibile*, Milano, Jaca Book, 1977, p. 345

⁹ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, 141, 2, 2da objeción: “la tranquilidad de espíritu (*quies animi*) se atribuye por antonomasia a la templanza”

¹⁰ Pieper, Josef, *Antología*, Herder, Barcelona, 1984, p. 84

¹¹ De mis apuntes de las clases de ética de 1980

¹² *Las virtudes fundamentales*, p. 222

La *sophrosyne* y la *temperantia* tienen un rasgo en común, ambas apuntan a un cierto equilibrio interior, armonía, salud, orden, frutos de una conquista.

Agregamos ahora a esta lista el término ruso *tselomudrie* (целомудрие)

“El término ruso *tselomudrie*, que significa etimológicamente «sabiduría de la integridad» (*tselo*= íntegro, entero; *mudrost*= sabiduría), es el que se usa para expresar el concepto de castidad¹³, que, como es sabido, [...] en su etimología latina expresa la cualidad de puro, íntegro, irreprochable, por lo que recoge también el sentido de integridad que tan expresivamente aparece en la palabra rusa.”¹⁴

Los componentes etimológicos del término ruso sugieren a su vez la idea de un orden interior o integridad hecha posible a partir de una cierta sabiduría de vida que conduce a una *vivencia*, dice Pavel Florenskij, de serenidad, de paz, anticipo del *sábado metafísico* en el que se dirá: «Vuelve alma mía, a tu reposo, porque el Señor ha obrado contigo con bondad» (Sal 116 [114-115], 7). «Y enjugará Dios toda lágrima de tus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (Ap 21,4): ha comenzado la *μκαρία*.¹⁵

Es significativo que en ruso la palabra mundo y la palabra paz compartan el mismo fonema. “En la base de la idea de mundo, мир, subyace la representación de la concordancia entre las partes, la idea de armonía y unidad. *Mir* (мир) es una totalidad coherentemente relacionada, es мир (*mir*, paz), la paz entre los seres, las cosas y los fenómenos que se

¹³ *La castidad*, como nombramos al pasar al principio y señalaremos más adelante, es un elemento esencial de la templanza. También nos referiremos al pensamiento de Pavel Florenskij para quien *tselomudrie* es el equivalente ruso de la *sophrosyne* y se vincula esencialmente con la castidad.

¹⁴ Cfr. Vladímir Soloviov, *La justificación del bien*, Salamanca, Sígueme, 2012, p. 189, nota al pie nro. 4 Nota del traductor: Francisco José López Sáez.

¹⁵ Florenskij, Pavel, *La columna y el fundamento de la Verdad*, Salamanca, Sígueme, 2010, p. 188

encuentran en el mundo:”¹⁶ Esta sintonía se halla en consonancia con la idea de que la paz de la templanza procede de un orden interior, de un equilibrio que como dijimos, depende de un hábil *ajuste* o conformación.

En el universo de la cultura griega tan citado por Komar, ese ajuste se establece entre el alma y el *cosmos* (*mundus*). A eso apunta la *ἰσότης ἢ γεωμετρική* (*isotés geometriké*) que mencionábamos antes. Komar la traducía como “proporcionalidad” o “igualdad geométrica”. Esa expresión aparecía a menudo en sus clases en oposición a la prepotente desmesura de la *πλεονεξία* (*pleonexía*), cuando comentaba, el para sus alumnos ya célebre, pasaje del *Gorgias* 508a¹⁷. “La proporcionalidad tiene mucho poder”, traducía. La adecuación del alma al *cosmos* genera fecundidad. La *dikaiosyne*, la justicia, el obrar justo, depende de un orden previo, la *diké*, la adecuación entre los distintos elementos del *cosmos*. El orden en el obrar es posible por el orden en sí que se establece entre los seres. Obrar conforme a ese orden es ser justo. Y una de las consecuencias de la justicia para con el *cosmos* (la naturaleza y los hombres), es la paz.

En un apunte que distribuyera en sus clases, bajo el título de “SOPHROSYNE”, Komar incluía dos textos de *República*. Los transcribimos ahora respetando su estilo:

1. “-Ahora bien, cuando la verdad abre la marcha, no se podría decir, pienso yo, que ella lleve consigo un coro de vicios.

¹⁶ *La columna y el fundamento de la verdad*, p. 594. La letra «ι» en el presente se encuentra en desuso en la escritura rusa, ha sido reemplazada por la «и», de modo que actualmente la grafía es la misma para ambas palabras.

¹⁷ La traducción de Komar de este pasaje al que acostumbraba desmenuzar explicando el contenido etimológico de la gran mayoría de sus palabras, es la siguiente: “Los sabios, Calicles, dicen que un lazo común une el cielo y la tierra, a los dioses y a los hombres y este lazo común es la amistad, la templanza, la moderación y la justicia; por esta razón, oh compañero, dan a este universo el nombre de orden y no lo llaman desorden o desenfreno. Pero tú me parece no prestar atención a estas cosas, a pesar de lo sabio que eres y te olvidas que la proporcionalidad tiene mucho poder tanto entre los dioses como entre los hombres. Tú en cambio, piensas que se debe ejercitar la prepotencia y descuidas la proporción.”

-Sería imposible

-Al contrario, con ella van las costumbres sanas y rectas con las que, a su vez, viene la templanza (sophrosyne)

-Así es, bien dicho” (490 G)

2. “... aquél que tiene real amor al saber esta naturalmente dispuesto a luchar para alcanzar el ser.

Y estaría lejos de pararse en los numerosos objetos que no existen más que en apariencia.

Seguirá adelante sin desmayarse ni desistir en el amor (al saber) antes de alcanzar la naturaleza de cada cosa en sí mediante la parte del alma que está hecha para alcanzar las esencias a causa que es de la misma naturaleza que ellas.

Y finalmente se acerca mediante esta parte del alma a lo que realmente existe y se une a ello;

y así produce inteligencia

y verdad

y de veras conoce

vive

y crece

y con esto deja de estar a la merced de los dolores de parto y no antes.”
(490 a-b)

“Aquel que tiene real amor al saber, lucha por alcanzar el ser” y allí “deja de estar merced a los dolores de parto”, da a luz su sí mismo, “conoce, vive, crece”. “Estar en la verdad, realizarse en la verdad y realizar la verdad”: de este modo sintetizaba Komar el fin de la vida ética, pues la verdad no es más que una relación de adecuación a lo existente.

Estas ideas son afines por otra parte a lo que Edith Stein considera la más alta forma de vida humana: la *unidad de la vida*. “Los actos del espíritu están sometidos a una legalidad racional. Así como para el pensamiento, así también hay para el sentir, el querer y el obrar leyes

racionales.”¹⁸ “Hay momentos en los que nuestra vida espiritual entera se despierta a la vida plena y esta vida parece ensamblada en una unión perfecta: conocimiento, amor y acción no forman más que una sola y misma cosa indivisible.”¹⁹

La persona experimenta una plenitud existencial para Edith Stein cuando sus movimientos vitales: pensamiento, sentimiento, querer libre y obrar se hallan plasmados por la misma forma, por la forma del ser, de lo verdaderamente existente

La pieza clave de este rompecabezas de la vida humana para nuestro tema, es el «sentir». En el *sentir* acorde al pensar, querer y el obrar es donde se hace posible la profunda paz interior cuando ese sentir, pensar, querer y obrar se encuentran en consonancia a su vez con lo existente. Yo puedo *pensar* por ejemplo qué es lo que sería justo hacer y *decidirme* a hacerlo (querer libre) y hacerlo (obrar) pero no *sentirlo*, no acompañar afectivamente mis decisiones, obrar en justicia solo por *deber*, haciendo un esfuerzo, con una cierta apatía, sin un movimiento afectivo espontáneo que me incline a ello. O peor aún sentir lo contrario, sentir aversión a lo que sería justo, instalándose en mí una división interior que hace la decisión por el bien aún más difícil y me obliga a reprimir mis sentimientos. O puedo dejarme llevar y obrar conforme a un sentir, contrario a mi pensar, lo que a la larga, me avergonzará (como cuando dejo de hacer el bien por pereza o me dejo arrastrar por la ira); u obrar conforme a mi sentir y mi pensar en contra del orden del ser lo que provocara una situación de antagonismo, injusticia, violencia, división, entre mi ser y el de los otros. El sentir desordenado que ha tomado las riendas de una vida, al punto de que el pensar deja de ser un puente a lo verdaderamente existente y se pone a su servicio y el querer libre se le somete, se encuentra en sintonía con la violencia. Algo se enmascara *sub ratione boni*, la afectividad desordenada tiende a ello y todo el concierto

¹⁸ Edith Stein, *Sobre el problema de la empatía*, Universidad Iberoamericana, Méjico, 1995, p. 154

¹⁹ Edith Stein, *Ser finito y Ser eterno*, Méjico, FCE, 1996, pp. 409-410

de la vida anímica buscando la unidad, sigue ese sentir sin cuestionárselo, aprobándolo caprichosamente: *hoc volo sic jubeo*.²⁰

El desorden afectivo, la intemperancia sea bajo la forma de lujuria, desenfreno, soberbia, ira o *curiositas*,²¹ instala un desequilibrio que afecta la integridad del dinamismo humano y su comunión con el ser, el que si no cae en la injusticia y la violencia alterando la armonía del cosmos, es gracias un esfuerzo de represión de los afectos vencidos en una lucha interior que no anula la dualidad.

A mi modo de ver habría una relación muy estrecha entre el concepto de virtud como *ordo amoris* de San Agustín y el carácter *fundamental* de la templanza, *sophrosyne* o *tselomudrie*.²²

La templanza es un orden afectivo, es la armonía afectiva desde la que nos podemos relacionar adecuadamente con los otros, orden de la afectividad concupiscible. ¿Pero existe algo así como *el concupiscible* de manera aislada?

Nous ne sommes pas déchirables

“No somos despedazables”, decía Komar haciéndose eco de una expresión de las *Memorias* de Paul Claudel. Si padecemos una ruptura, una división interior, una separación de los otros y el mundo, sufrimos, vivimos a medias, fragmentados, mutilados, en desequilibrio, inquietos.

El concupiscible se integra naturalmente a la afectividad en general, se entronca en el amor al bien como pasión fundamental. El orden en el

²⁰ Tomado de Juvenal, *Sátiras*, VI, 220. Sátira que Komar citaba a menudo para ilustrar a la malicia.

²¹ Sobriedad, castidad (fortalecedoras del apetito concupiscible), humildad (de la voluntad), mansedumbre (de la agresividad) y *studiositas* (inteligencia) son las formas específicas y derivadas de la templanza según la ética clásica. Mientras que desenfreno, lujuria, soberbia, ira y *curiositas* representan los vicios opuestos. Cfr. Pieper, J. *Las virtudes fundamentales*, Templanza.

²² Para San Agustín el orden afectivo es determinante de la vida humana: “Verdad es que también en esta vida la virtud no es otra cosa que amar aquello que se debe amar. Elegirlo es prudencia; no separarse de ello a pesar de las molestias es fortaleza; a pesar de los incentivos, es templanza; a pesar de la soberbia, es justicia” Epístola 155, 4, 13.

concupiscible depende del orden en el amor²³ y el orden en el amor depende de su conformidad con lo existente. La virtud y el vicio podrían describirse entonces también en términos de adecuación y unidad de la vida, integridad o inadecuación y división.

Pavel, Florenskij trata estas ideas en la carta séptima de su obra *La columna y el fundamento de la verdad*. La vida humana se debate, sostiene allí, en una encrucijada, “el *consensus omnium* atestigua que hay dos caminos”²⁴. El camino de la virtud y el del pecado. El pecado es la Ilícitud (ἀνομία, 1Jn, 3,4), “es la tergiversación de la Ley, o sea de aquella Regla que ha sido dada a la criatura por el Señor, de aquel Acuerdo que estructura interiormente como una corriente la creación entera, gracias al cual ésta se mantiene en vida”²⁵. Quien haya sido oyente de Komar algunos años no puede dejar de asociar estas ideas a el tema del pecado o el vicio como un desajuste, un “no dar en el blanco”, “frustración”, *amathia*, indocilidad al orden del ser.

Sigue Florenskij: “Dios no «dispersa a los soberbios» por otro medio que no sea por «el pensamiento de su corazón διανοία καρδιάς αὐτῶν» (Lc 1, 51), o más exactamente, por su *razonamiento* διανοία, porque el entendimiento discursivo (*rassúdok*, διανοία,) cuando se contrapone al intelecto espiritual (*um*), es precisamente la manifestación de la aseidad.”²⁶

La *aseidad*, la separación del ser personal de los vínculos que hacen posible la vida, es una declaración de antagonismo entre el ser humano, autónomo, cerrado sobre sí mismo, que quiere formular su propia ley y la Voluntad de su Creador expresada en la Ley del cosmos. A la inversa, consentir con el ser es asentir al Amor creador. Ordenar nuestro amor a

²³ San Agustín se refiere al *ordo amoris* como un elemento de la caridad: “Para formular brevemente y en general la noción que tengo de virtud por lo que atañe a la vida honesta, la virtud es la caridad con que se ama aquello que se debe amar. Ésta es mayor en unos, menor en otros, nula en algunos, y en ninguno es tan perfecta que no sea susceptible de aumento mientras vive en este mundo.” Epístola 167,15. Templanza y caridad podrían pensarse como virtudes íntimamente relacionadas, como veremos enseguida.

²⁴ *La columna y el fundamento de la verdad*, p. 170

²⁵ *La columna y el fundamento de la verdad*, p. 172.

²⁶ *La columna y el fundamento de la verdad*, p. 172-173

su Amor. *El fuego del amor divino que llamea en todos los seres, aún en el interior del hombre, es la raíz de la unidad y la armonía.* Alejarse de su fragua, de la Ley de su Voluntad, es introducir la división, fragmentarse, degradarse. En Florenskij adherir al orden del ser es también consentir en una comunión con lo sagrado, responder a la Persona que se halla detrás de la Ley, responder a su Amor Creador que sostiene nuestra existencia. El orden en el amor entonces, implica el consentimiento con una relación interpersonal:

“Sin amor (pero para que haya amor es necesario ante todo el amor de Dios), sin amor la persona se descompone en un amasijo resquebradizo de elementos e instantes psicológicos. El amor de Dios es el nexa que da cohesión a la persona. Por eso rezamos diciendo: «Por tu amor *átame*» [...]; sí, «átame», porque si no, voy a dispersarme y a convertirme en aquel mismo «conjunto de estados psicológicos» (...) «¡Tú eres mi firmeza, Señor, Tú eres mi fuerza!», grita el alma que ha conocido la propia impotencia e inestabilidad. El pecado conduce al desacuerdo, la desintegración y la ruina de la vida espiritual. El alma *pierde* su unidad substancial, *pierde* la conciencia de su naturaleza creadora, ella misma se *pierde* en el remolino caótico de sus propios estados, dejando de constituir la substancia de la que estos diversos estados constituyen simples momentos.”²⁷

El *ajuste* a lo verdaderamente existente, la docilidad que se *enamora del Amor*, que responde afectivamente al orden del ser, es un elemento central en la salud del dinamismo humano:

“El pecado es aquello que oculta a la percepción del Yo todo lo que es real, porque llegar a *ver* la realidad significa precisamente salir de uno mismo y transferir el centro del propio Yo al no-Yo, a lo visible, de modo que, a fin de cuentas, sólo es capaz de ver la realidad quien se *enamora* de lo que ve. Como consecuencia, el pecado es aquel tabique que el yo

²⁷ *La columna y el fundamento de la Verdad*, p. 175

construye entre sí mismo y la realidad, la corteza de que se rodea el corazón. El pecado es *lo no transparente*, oscuridad, bruma, tiniebla (...)"

El pecado entonces, es también la separación afectiva del ser personal de su Fundamento, un soltarse de la Mano que los sostiene:

“aboliendo la perspectiva de la profundidad del fundamento de la criatura y desarraigándola del Suelo firme del Absoluto, lo dispone todo en un solo plano, todo lo vuelve superficial y mezquino. (...) atrae al espíritu hacia una pseudo-sabiduría, desviándolo así de la sabiduría auténtica”.²⁸

El vicio implica un desequilibrante aislamiento de la Fuente de la Vida. El movimiento contrario que alivia esta situación es para Florenskijj el que dibuja la *sofrosine* o *tselomudrie*. La *sofrosyne* es el estado del hombre que ha conquistado la simplicidad de un orden interior que le permite *descansar sabiamente* del tironeo de la fragmentación y la inestabilidad:

“...cuando la persona no está dividida y permanece como punto firme de unificación, cuando las fuerzas espirituales están frescas y el hombre interior se encuentra espiritualmente organizado. *Tselo-mudrie*, σοφροσύνη ο σαοφροσύνη, equivale aproximadamente a *tsele-mýslennost*, *pensamiento integral* (entendiendo «pensamiento» en su acepción patristica, es decir en el sentido de la vida espiritual en general), el razonamiento íntegro, el buen sentido, la sensatez, la razón sana, la inteligencia sana, σαοφρόνησις. Tal es el sentido de la palabra en los Santos Padres como en los filósofos antiguos. La *castidad-sabiduría integral* no es otra cosa que la simplicidad, es decir, la unidad orgánica, o de nuevo, la integridad de la persona.”²⁹

La *sophrosyne* y la suave paz que experimenta *subjetivamente* el alma, es posible porque el hombre vive desde la experiencia y el asentimiento de su creaturidad. Es la adhesión al Amor divino lo que ordena su amor.

²⁸ *La columna y el fundamento de la Verdad*, p. 178-179

²⁹ *La columna y el fundamento de la Verdad*, p. 180

Es la confianza en la sagrada fidelidad de ese Amor la que pacifica el alma:

...”aquella vida representa la bienaventuranza del corazón pacificado y armonizado, es decir, llevado del deseo sin límites a la moderación, amansado y hecho admirable por la medida. Pero se plantea una última cuestión: ¿Qué significa esta integridad espiritual «para otro», y más precisamente «para el Otro»? ¿Qué representa como elemento de la vida de Dios? Es la «memoria divina» la «eterna memoria de Dios». (...) Una sola cosa es permanente: Ἀλήθεια. La Verdad- Αλήθεια es lo Inolvidable, lo que no disuelven las olas del Tiempo (...) El ser perecedero de este mundo encuentra en Él, el Incorruptible, su protección; es de Él, del Fuerte, de quien recibe su firmeza-castidad integral.”³⁰

Ascetismo

La *sophrosyne*, *temperantia* o *tselomudrie*, en el universo conceptual en el que nos movemos podría definirse como *la encarnación afectiva de una situación otológica*, que ha sido comprendida y asentida en la intimidad de la persona. Dios nos sostiene en su Memoria, dice Florenskij. La *sophrosyne* es el hombre *recordando* su Origen con todo su ser. A menudo tenemos que luchar en contra de la dispersión que nos hace *perder* esa memoria y nos hace creer que estamos solos en una especie de contienda y miseria cósmica, que nuestras raíces no se hundan en la Vida divina.³¹ Una vida que no florece desde el Amor que la sostiene pierde su integridad. Dice Vladímir Soloviov:

³⁰ *La columna y el fundamento de la Verdad*, p. 191

³¹ Algo similar sostiene Josef Pieper en el contexto de la virtud de la templanza, aunque de manera más austera, desprovista del *pathos* místico que caracteriza a Florenski: "Esta ley ha de cumplirse en cualquier clase de amor. Tal sentido de absoluta realización está reservado al amor no egoísta de sí; a aquel que no se ciega en la búsqueda del propio yo, sino que con certera visión comprende y sabe servir a la verdadera realidad, la cual está integrada por Dios, el yo y el mundo." (Pieper, *Las Virtudes fundamentales*, p. 227)

“también existe en él [en el hombre] un ateísmo natural (entiendo que práctico, pues el teórico a veces tiene un carácter meramente intelectual y no es otra cosa que un extravío de la razón, sin culpa en sentido moral), un ateísmo práctico, es decir, una tendencia orgullosa a renunciar a la perfección absoluta y ponerse a sí mismo como principio absoluto e independiente de la propia vida. Esta es la especie principal y más importante de la fuerza centrífuga (porque aquí tiene lugar la separación del centro *absoluto* del universo) que le quita al hombre, no sólo la posibilidad, sino también el deseo de una existencia integral (pues el hombre puede convertirse en todo sólo mediante su unidad interior con aquel centro absoluto, que es todo por esencia), y que suscita una reacción poderosa de nuestra integridad escondida; ésta se expresa aquí en el sentimiento religioso de piedad, que testimonia de modo directo y esencial nuestra dependencia individual y colectiva del principio superior en manifestaciones diversas, empezando por los propios padres y acabando por la Providencia universal del Padre Celestial.”³²

La lucha por la vida genuina, es la lucha contra esas fuerzas centrífugas y disgregadoras del ser.”³³

Florenskij:

“A partir de aquí se entiende que la tarea de la vida ascética, la *integridad espiritual (tselomudrie)* se define como *la pureza del corazón* «Oh, Dios, crea en mí un *corazón puro*, renueva mis entrañas con espíritu justo» (Sal 51 [50], 12), clamaba el salmista, y cada creyente con él. Pero en virtud del paralelismo hebraico, la segunda mitad de la petición es una amplificación sinónima de la primera: «renueva» es lo mismo que «crea», «en mis entrañas» es lo mismo que «en mí», «justo» corresponde a «puro», y «espíritu» equivale a «corazón». La lingüística confirma también esta conclusión. El corazón es el foco de nuestra vida espiritual, y «espiritualizarse» no significa otra cosa que «ordenar», «restaurar el bien», «volver íntegro» al propio corazón.”³⁴

³² Soloviov, Vladímir, *La justificación del bien*, Salamanca, Sígueme, 2011, p. 190-191

³³ *La justificación del bien*, p. 192

³⁴ *La columna y el fundamento de la Verdad*, p. 252

Emilio Komar volvía una y otra vez en sus clases a una idea similar a la de Florenskij de la purificación del corazón, purificación posible mediante un *ajuste* que representaba lo esencial de la castidad. Su insistencia en este aspecto es recogida en el cursillo publicado, *El silencio en el mundo*:

“En este sentido lo usa Santo Tomás cuando dice: “*Castidad del ánimo que no se extiende fuera de sus metas*”. Las metas en el conocimiento y en el afecto están dadas por la realidad misma. Nosotros estamos a esta altura del siglo XX, demasiado impactados por ciertas psicologías sexualistas y pansexualistas, de algunos freudismos e irracionalismos, entonces la castidad, hasta en el campo cristiano y religioso, se entiende en un sentido marcadamente negativo, como abstención, y no se aprecia el aspecto positivo. El sentido antiguo es muy positivo, porque no existe nada fuera de lo que es. ¿Y qué es lo que enardece nuestro amor y nuestro entusiasmo? Es la bondad y la belleza de las cosas. [...] Si la bondad y belleza son algo propio de la realidad, del objeto amado, en la medida que más nos ceñimos a él, que más lo penetramos, que captamos su valor y experimentamos su sentido, nuestro amor es más recto y se alimenta de una fuente segura, que es la bondad y la belleza del objeto amado.

La realidad en cuanto buena es amable, entonces dice San Bernardo: “*Amat perfecte caste qui eum ipsum amat quem quaerit et non aliquid aliud ipsius*”, “*ama de manera perfecta y casta el que ama aquello mismo que quiere y no algo distinto de él*”. Por esto la palabra *castus* en latín clásico, por ejemplo en Virgilio, a menudo es sinónimo de *pius*, y *castitas* sinónimo de *pietas*. Piedad significa en este lenguaje respeto profundo, consideración profunda, no piedad religiosa, sino por ejemplo respeto por los padres, por la patria, por el prójimo. *Pietas erga res*, piedad hacia las cosas que merecen respeto. *Pius Aeneas*, protagonista de la gran epopeya de la Eneida, que siempre es llamado así por Virgilio: *Pius Aeneas*, a veces también aparece como *castus*, porque lo que es común a los dos términos o conceptos es precisamente esa adecuación profunda al objeto amado.³⁵

³⁵ Komar, Emilio, *El silencio en el mundo*, Bs. As., Sabiduría Cristiana, 2006, p. 27

El primer escalón del ascetismo que se exige de nosotros hoy es evitar la superficialidad, la apariencia, los espejismos que hacen imposible la experiencia de la consistencia de lo real, de su solidez y profundidad. Quizás sea esta la misma exigencia que tenía en mente Platón en el texto *República* que transcribimos más arriba, cuando afirmaba que el hombre que verdaderamente busca el saber “estaría lejos de pararse en los numerosos objetos que no existen más que en apariencia”

Continúo con los párrafos de la transcripción del cursillo *El silencio en el mundo*. Lo que se encuentra sin cursiva y entre paréntesis, corresponde a comentarios de Komar:

“Voy a leerles un pasaje de Guardini, sacado de un ensayo en el que habla de la santidad hoy: *«El mundo se cierra cada vez más sin dejar agujeros. Cada vez más se cimienta más decididamente el mundo en el sentir de la época como lo uno y lo único (lo único que importa es lo que hoy importa). Como Naturaleza dada sin más o como Cultura o civilización o progreso dueño de sí mismo. Por eso el hombre debe volver a poner en su mirada el mundo. Mirar el mundo como por primera vez, partiendo de su origen interior (Dios lo creó, Dios lo quiso y lo puso en existencia). Debe aprender a leer otra vez sus formas y relaciones (ver las estructuras, las esencias, las formas, lo que es propio de las cosas). Debe ver, no sólo pensar o afirmar, sino ver con los ojos que el mundo no es sólo naturaleza sino obra de Dios (ver con los ojos, ver las cosas como son, en sus esencias y en sus relaciones, que parten de las esencias). El paraíso, como ya se ha dicho, no es ningún país de leyenda, es el mundo real pero asumido en la relación de la gracia que Dios ha concedido al hombre.[...]»*³⁶. Cuando las cosas importan, y un ser amado debe importar, una verdad nos debe importar, nuestra profesión o aquello que estamos haciendo nos debe importar, es necesario ver la esencia de las cosas y hacerles justicia. Ceñirse a lo que es, porque solamente es bello, bueno, aquello que ES, y lo que no es, es mentira. Nosotros vivimos demasiado tiempo ya en un mundo de propagandas, publicidad, proyecciones, deseos, fantasías,

³⁶ Guardini, Romano *Preocupación por el hombre*, Los libros del Monograma, Madrid 1965, p. 249-250

sueños, y hemos perdido el sentido del ser. Guardini no habla de algo menor, habla de la santidad. La santidad consiste en ver con los ojos que el mundo no es solamente naturaleza, sino obra de Dios, y darle este sentido. «*La verdadera soberanía –dice– que es la verdad, consiste en que se vea la esencia de las cosas y que se le haga justicia*». Eso es castidad.»³⁷

La dispersión creciente que fomenta la cultura contemporánea radicaliza el desequilibrio, contradice la vocación del ser humano a la integridad, la paz y la Vida:

“El problema no es de concentración, en el sentido de que uno pueda hacer el esfuerzo actuando sobre sí como una prensa hidráulica. La cuestión es que la cosa que estoy viendo me revele su sentido y entonces ella misma me atraiga. En griego no clásico, sino posterior, concentración viene de la palabra *xentron*, equivalente a la latina *centrum*, que no significa centro sino “pinchazo”. Piensen en un compás que se pincha y alrededor se describe el trazo. Entonces centro es pinchazo. Y alrededor de eso que me pinchó yo me concentro, y si no me llegó no hay prensa hidráulica que lo logre. Aquello que me hace concentrar es aquello que la cosa tiene en sí. Si la cosa no me revela nada, es inútil querer concentrarse. Y para lograr concentrarse hay que silenciar otras realidades. Si el tema, el objeto, me interesa, no será difícil.

Ver las cosas como son, ver las cosas nacer, como dice Lavelle, percibir en ellas su fundamental consistencia, su fundamental bondad, su fundamental rectitud, su fundamental belleza. Por eso en el campo del amor la castidad es siempre elevada: porque descubre en las cosas finitas el brillo de lo infinito. No es que le agreguemos de afuera algo de lo que la cosa carece, sino que dentro de ella, cuando está bien vista, hay un sentido profundo, un valor que nos abre el camino hacia Dios.

Max Scheler, en *Ordo amoris*, sostiene esta idea hablando de los valores: «... *amar en lo posible las cosas como Dios las amó*». [...] Dios las amó haciéndolas de esta manera, y si Dios las amó haciéndolas de esta manera, entonces nosotros vamos al encuentro de este amor. [...] ¿qué es

³⁷ *El silencio en el mundo*, pp. 29-30

castitas? Es un profundo respeto de lo propio. Eliminar todo el estrépito que impide ver lo que es propio de cada cosa. En la Patrística Griega aparece muy a menudo el término «sobriedad» en el sentido de sinónimo de castidad, de eliminar lo superfluo.”³⁸

La templanza es el amor a la creación ordenado por el Amor

Terminamos este recorrido con un párrafo de la obra de Fedor Dostoievski, *El adolescente*. En él un peregrino hesicasta (*hesiquía*, paz) nos habla de su experiencia vital. Es esta experiencia la que hemos tratado de entender y explicarnos con este trabajo:

“Pues bien, hijo mío levanté la cabeza, abracé con una mirada el horizonte y suspiré: ¡por todas partes una belleza inefable! Todo está tranquilo: el aire ligero; la hierba brota, ¡brota hierbecita del buen Dios!; el niño lloriquea sobre los brazos de su madre. ¡Dios te guarde hombrecito, crece y sé dichoso! (...) Tanto mejor que haya misterios. Es terrible para el corazón y es maravilloso, pero este miedo alegra el corazón: «Todo está en Ti, Señor, yo mismo estoy en Ti, recíbeme!» No murmures joven: lo más bello es el misterio. (...) Vivid al sol, alegraos y yo rezaré a Dios por vosotros.”³⁹

³⁸ *El silencio en el mundo*, p. 31-33

³⁹ Dostoievski, *El adolescente*, p. 406-407. Evdokimov hace referencia a esta pasaje y otros similares que aparecen en el discurso del padre Zosima y en los párrafos del capítulo “Las Bodas de Caná” que relata la reconciliación de Alíocha con la vida luego de la muerte de Zosima, para señalar la presencia de este rasgo de la espiritualidad del hesicasmo en la obra de Dostoievski, Cfr. *Gogol et Dostoievski*, p. 244 y ss